

El siglo XXI no ha supuesto la desaparición de las religiones en las sociedades humanas, sino que más bien las creencias religiosas se han reafirmado en muchas de ellas y han derivado en posiciones fundamentalistas e integristas que están socavando la convivencia pacífica en muchos lugares de nuestro mundo. En contra de lo que pensaron A.Comte y K.Marx en el siglo XIX las religiones no han desaparecido, sino que han retornado con mayor ímpetu en las últimas décadas.

A pesar de los extraordinarios avances científicos y tecnológicos la visión laica del ser humano y de una conducta ética puramente secular no se están implantando con claridad ni en los gobiernos ni en muchos sectores sociales de la actual Humanidad. El hecho multicultural, sin embargo, exige el reconocimiento explícito del pluralismo moral y religioso por parte de todos los Estados y la eliminación de cualquier rasgo teocrático y de todo privilegio o discriminación de origen religioso en la configuración del espacio público. Por todo ello, es cada día más evidente la necesidad de construir una ética laica que garantice la neutralidad de los gobiernos en materia moral y religiosa, la separación de las Iglesias y los Estados y la clara vinculación de los Derechos Humanos con la nueva ética intercultural que la sociedad actual necesita. Frente a los dogmatismos y fundamentalismos de cualquier signo (religioso o político) es preciso crear las condiciones jurídicas, políticas y culturales que permitan a todos convivieren democracia y preservar de modo tolerante y respetuoso el pluralismo propio de los sistemas democráticos.